

un convento, como en efecto se ejecutó ⁴⁹.

Es digna de consignarse aquí la respuesta que el Excmo. Sr. Vizconde de Villanueva de Cervera, inmediato sucesor de Carvalho en el cargo de primer Ministro de la nueva Reina, dió al Conde de Oeiras, acerca de la pretensión que este tenía de hacer trasladar el cadáver de su padre, de Pombal á Lisboa, para sepultarlo. Dicha respuesta fué en estos términos:

«Señor Conde: su padre, cuando vivía, pronunció la sentencia contra sí, cuando me negó la licencia de hacer trasladar á Lisboa el cadáver de mi padre, desterrado de la Corte, y muerto en una cárcel sin saber nunca el motivo, aduciendo esta razón: que quien moría en desgracia del soberano fuera de la Corte, no debía trasladarse á ella para sepultarse. Este fué el parecer del Marqués, su padre, en aquella ocasión; este es también el mío en la actual demanda.»



CAPÍTULO II

LA COMPAÑÍA DE JESÚS SUPRIMIDA EN FRANCIA

§. I.—Motivos de la persecución.

EN ninguna nación católica halló la Compañía de Jesús, desde su origen, mayor oposición que en Francia. La Universidad, por rivalidades de escuela; el Parlamento (1), por las doctrinas y los regalistas que se introdujeron en su

(1) El Parlamento fué en su origen una junta de grandes del reino, á la que solía consultar el monarca; sus atribuciones eran más bien políticas que judiciales. Cambió después de objeto, y desde el año 1301 quedó reducido á un tribunal de justicia, parecido á las antiguas Audiencias de España, en

seno; el jansenismo, por espíritu de secta, y la moderna filosofía por su impiedad: todas estas corporaciones, ya sucesivamente, ya de consuno, hicieron una guerra perseverante á la Compañía.

Hacia mucho tiempo que Francia abrigaba un germen fatal, que empezó á desarrollarse después de la muerte de Luis XIV. Formóse una escuela de impiedad y desenfreno, cuyo jefe, Voltaire, suscitó una guerra de sarcasmos contra los objetos más sagrados. Su siglo, frívolo y corrompido como él, reunió un gran número de discípulos, que con su maestro tomaron el nombre de filósofos. Los hombres ligeros y superficiales, los jóvenes libertinos, todos aquellos á quienes ofendía la moral cristiana, se alistaron bajo sus banderas.

Para llevar á cabo sus siniestros planes de impiedad, creyeron ver un obstáculo

cuyo concepto continuó hasta 1772 en que fué disuelto. Además del de París, había otros doce; y aunque no debían entender sino en asuntos contenciosos, se mezclaban más de lo que debieran en cuestiones de gobierno.

en la Compañía de Jesús, cuerpo bien organizado y enteramente consagrado á la defensa de la religión, les hacía sombra; de aquí el odio con que la miraban y que hiciesen de ella el blanco de todos sus ataques, hasta resolver su total exterminio.

El Duque de Orleans, Regente del reino, los entregó á los asaltos de sus adversarios, sin permitir, no obstante, que se disminuyesen sus colegios. «Por lo que toca á los colegios de los Jesuitas, quiero que nada se cambie,» respondió á las insinuaciones del Parlamento y de la Universidad.

En este mismo tiempo, el Cardenal de Nouailles, Arzobispo de París, estaba en oposición con la Santa Sede con motivo de la Bula *Unigenitus*, que se negaba á publicar en su diócesis, favoreciendo de este modo á los jansenistas.

Creyéndose atacado por los jesuitas en esta lucha deplorable, lanzó contra ellos un entredicho. Estos religiosos esperaron en silencio días mejores, evitando irritar el triste debate en que tan desgraciada-

mente se hallaba empeñado un Príncipe de la Iglesia; pero la acción moral iba perdiendo su fuerza con estas cuestiones religiosas, y la caída de los jesuitas en Portugal despertó los odios y el deseo de destruirlos.

No intentaron sus enemigos asesinarlos ni encarcelarlos, pero desarrollaron contra ellos una guerra de calumnias y sarcasmos que, á favor de la debilidad del poder, al fin produjo su efecto.

Un escritor juicioso pintó muy bien la situación de los ánimos en Francia en la época que describimos: « En este reino, en otro tiempo tan cristiano, se había formado hace cerca de sesenta años una escuela de impiedad, desconocida á nuestros padres. Estos doctores modernos se atrevían á someter á sus raciocinios hasta las profundidades sublimes y misteriosas de nuestra Religión santa. En vez de aquella fe sencilla y sumisa que habían profesado los bellos espíritus del siglo xvii, se gloriaban de publicar la incredulidad más audaz, el excepticismo más decidido.

»Su jefe fué uno de esos ingenios mal-

hechores, nacidos para la desgracia del suelo que los ha alimentado: hombre dotado de un talento superior y raro, pero malvado, orgulloso y carcomido por la envidia; escritor brillante, pero tan licencioso, que el pudor y la inocencia no le leyeron nunca sin peligro.

»Su pluma lo embellecía todo, pero jamás creó nada. Enemigo de la religión, porque le humillaba con la autoridad y molestaba su independencia, le declaró la guerra. Arrojó la duda y el ridículo sobre los objetos más ciertos y más respetables. Como su siglo era frívolo y corrompido, hizo un gran número de discípulos: los hombres ligeros y superficiales, los jóvenes, los libertinos, todos á quienes contraría la moral cristiana se agruparon bajo su estandarte.

»Se derramaron con profusión unas obras, en que ya la impiedad se mostraba descubierta, ya se ocultaba artificioosamente con un estilo encantador. Teníanse reuniones clandestinas, se formaban planes, y se resolvió disponer de tal modo los ánimos, que se aprovecharía la primera

ocasión para atacar á la vez la Religión de Jesucristo, que era su principal blanco, y la monarquía, que le servía de apoyo.

»Una corporación célebre, dedicada al estudio de las letras y á la defensa de la Iglesia, observaba todos los movimientos de estos nuevos enemigos de la Religión para atacarlos, y este celo y esta vigilancia irritó á los filósofos; juraron su pérdida, y la destrucción de los jesuítas fué decretada.

»Para formar á su voluntad una generación nueva, era preciso comenzar por la infancia y la juventud; porque no podían esperar un buen éxito mientras que una y otra estuviesen en las manos de los jesuítas; así, después de haberlos destruído, se les persiguió en todos sentidos, y sobre todo se tuvo gran cuidado de inhibirles toda enseñanza.

»Se secularizaron los estudios, y aun entonces era menester que los maestros tuviesen un tinte marcado de filosofía, es decir, de indiferencia, al menos para la religión; de manera que en Francia, en el

espacio de algunos meses, se trastornaron todas las ideas de la juventud.

»Los jesuítas fueron destruídos en 1762, y desde 1766 los colegios ya no fueron más que unas escuelas profanas, en las que no se pronunciaba, sino raras veces, el nombre de Dios, y un resto de bien parecer.

»He aquí, pues, un espacio de veintisiete años, durante el cual la juventud del reino ya no ha sido formada por los jesuítas (1)».

Los enemigos de estos religiosos, para hacerles la guerra, exhumaron hechos calumniosos olvidados por el tiempo y despreciados en su origen. Frústranseles estos planes, pero no desconfiaron. Los sucesos de Portugal, donde los jesuítas sufrían resignados y sin defenderse, avigoró la osadía de sus calumniadores, quienes creyeron que con igual facilidad podrían destruirlos en Francia, y se aunaron

(1) Coup d'oeil d'un vieux observateur sur l'origine de la révolution française, ou la destruction des Jésuites, regardée comme une des principaux causes de cette révolution.

todos en un pensamiento común: la proscripción de la Compañía de Jesús.

La idea que entonces, como es sabido, predominó en todas las sectas, fué la de aislar al catolicismo destruyendo esta falange, para poder así acometerle más á salvo. De este modo se explicaba también Voltaire, el trastornador de cuanto había de santo y venerando, que empleaba para la consecución de sus fines el teatro, la historia, la poesía, el folleto y la más activa correspondencia.

Discípulo de los jesuítas, mostraba respeto á sus antiguos maestros, y nunca hubiera pensado en sacrificarlos á los parlamentarios y jansenistas; pero persuadiéndose de que era indispensable derrotar esta vanguardia de granaderos de la Iglesia, como él mismo los llamaba, para llegar al centro de la unidad católica, pospuso su afecto personal al vasto plan de *aniquilar al infame*: santo y seña formidable que tantas veces resonó en el siglo diez y ocho.

Llegando, pues, los jesuítas á ser el blanco de todos los ataques, apenas si trataron de defenderse; porque abandonados

por el Gobierno, se abandonaron ellos mismos, seguros de que la autoridad moral no residía ya en el trono ni se concentraba en los grandes cuerpos del Estado.

Luis XV, viviendo entre el desenfreno y los remordimientos, disgustado de todo, suspirando por el reposo y cerrando los oídos á todo rumor siniestro, no tenía la suficiente energía para imponer su voluntad, y en vano su familia y todos los corazones generosos que le rodeaban le exponían el cuadro de las miserias materiales y morales que agobiaban á la nación.

Entretanto, los filósofos y jansenistas se valían del influjo de una mujer, la Marquesa de Pompadour, que tenía aprisionado el corazón de Luis XV, á la que adulaban para llevar adelante sus torcidos intentos.

Entrando ya la Marquesa en edad madura, y para templar el enojo de la familia real justamente ofendida, aparentó entregarse á la devoción, y aún llegó á simular una reconciliación epistolar con su esposo Lenormand d'Etoiles; y continuando

do en su hipocresía se dirigió á los jesuítas, que gozaban de la confianza de la real familia y del aprecio del monarca.

El P. Sacy había sido su director espiritual en la adolescencia, y esperando la Pompadour que este recuerdo le inclinaria á una transacción con su conciencia, luchó con el jesuíta por espacio de dos años, mientras que el Rey daba los mismos asaltos á la energía de su confesor; pero en vano, porque los PP. Perusseau y Desmarest, sus directores sucesivos, le hacían presente que no podía recibir los sacramentos si no se separaba de la favorita, á quien por su parte negaba también la absolución el P. Sacy.

No ignoraban los jesuítas el peligro á que se exponían, y que la cortesana podía, si no disipar la tormenta, al menos dilatarla ó amortiguar sus golpes; mas ninguna consideración fué capaz de apartarlos de la línea de su deber. Así las cosas, sobrevino desgraciadamente un acontecimiento imprevisto, que dió ocasión á los enemigos de los jesuítas á poner en juego sus maléficas voluntades.

§. II. Cuestión del P. Lavalette.

El P. Antonio Lavalette, jesuíta, descendiente de la familia del gran Maestro de Malta, que ilustró este nombre, fué enviado por sus superiores á la isla de la Martinica el año 1741, donde desempeñó por espacio de muchos años el cargo de misionero.

Al ver el estado de penuria á que se hallaban reducidos los obreros evangélicos, concibió la idea de salvar este inconveniente por un medio que le valió el ser denunciado al Gobierno como traficante (1753). El Ministro de Marina, Reuille, y el General de la Compañía le enviaron el orden de regresar á Francia para justificarse. Presentóse, en efecto, dió sus descargos, y Hurson, intendente de las islas del Viento, se constituyó en defensor oficial del jesuíta, y escribió al General de la Compañía una carta, con fecha 7 de Septiembre de 1753, en la que aseguraba que nunca se había ocupado el P. Lavalette en verdadero comercio.

Al mismo tiempo, el P. Laforestier,

provincial de Francia, recibió otras cartas análogas que confirmaban la inocencia de Lavalette; y parece efectivamente que este Padre no se había apartado por entonces de las reglas que los sagrados Cánones prescriben á los eclesiásticos, pues sus operaciones sólo se habían reducido á enagenar el producto de sus tierras para comprar objetos de primera necesidad.

En vista de tales testimonios, y siendo, por otra parte, el P. Lavalette apreciado en la Martinica, juzgaron oportuno los superiores volverle á enviar con el cargo de Superior de aquella misión.

Esta confianza que la Orden hacía de él, y la acusación pasada, debían obligarle á conducirse con la mayor circunspección y cautela. Sin embargo, dejándose llevar de su carácter emprendedor, y viendo que la mayor parte de sus casas estaban empeñadas, formó proyectos de mejorar las tierras y hacerlas valer, compró negros que diesen una extensión más vasta á la agricultura, y por este medio multiplicó sus compromisos.

Por desgracia, en lo más recio de los

trabajos mandados ejecutar por Lavalette en la Dominica, donde había comprado terrenos inmensos, ocurrió una epidemia que arrebató á gran parte de sus negros, y aproximándose el término de reembolso á sus acreedores, contrató un segundo empréstito con estipulaciones onerosas. Ya entonces, deseando cubrir su déficit, se hizo Lavalette un verdadero negociante y faltó á su deber; porque no limitándose á cambiar sus géneros coloniales por las producciones europeas, compraba éstas para volverlas á vender, que es el verdadero tráfico.

Sucedió en esto que, dirigiéndose los navíos fletados por su cuenta hácia las costas de Holanda, rompió la guerra entre Francia y la Gran Bretaña, y los corsarios ingleses que infestaban los mares capturaron, sin declaración de hostilidades, todos los buques mercantes que llevaban el pabellón francés (1755), en cuyo número se hallaban los del P. Lavalette, que perdió en este contratiempo más de quinientas mil libras tornesas.

No se arredró por esta desgracia, antes

bien probó nuevas operaciones cada vez más ilusorias; pero los hermanos Lyoney, de Marsella, empezaron á inquietarse por sus anticipos, y cundiendo la alarma entre los demás correspondientes de Lavalette, fueron acusados los jesuitas de Marsella, los cuales, sorprendidos de un acontecimiento que les cogía de nuevo, dieron cuenta al jefe de la Orden, y quedó decidido que se buscarían todos los medios para dar un corte á este asunto.

Formaron al efecto dos categorías de acreedores: la de los pobres, á quienes irían pagando los primeros, y la de los ricos, cuyos créditos garantizaban hipotecando las haciendas de la Martinica y la Dominica.

Al mismo tiempo, la viuda de Gron é hijo, negociantes de Nantes, entablaron una demanda ante el tribunal del comercio de París, quien condenó á los jesuitas solidariamente á pagar treinta mil francos que adeudaba Lavalette á la mencionada viuda (30 de Enero de 1760): sentencia injusta, puesto que en la Compañía los bienes de cada colegio y de cada

misión son independientes unos de otros y no forman solidaridad.

Los jesuitas, no bien avisados, apelaron de esta injusticia al Parlamento, que era lo mismo que entregarse en manos de sus más encarnizados adversarios. El consulado de Marsella imitó al de París y permitió á los hermanos Lioney y al comerciante Gouffre llevar adelante su ejecución sobre todos los bienes de la Compañía (Mayo, 1760).

Mientras esto pasaba en Francia, el P. Centurioni, general del Instituto, tomaba sus medidas para cortar el mal; porque luego que tuvo noticia de la conducta de Lavalette, envió á la Martinica en clase de visitador al P. Fronteau, que falleció en la travesía.

Sucedióle el P. Launay, y se rompió una pierna al tiempo de su partida. Hizose á la vela en su lugar otro jesuita, y fué capturado por los corsarios. Finalmente, el P. Francisco de la Marche, escudado con un salvoconducto del Gobierno británico, llegó á las Antillas (1762), procesó á Lavalette en virtud de las faculta-

des de que iba revestido, y en 25 de Abril de 1762 pronunció, en nombre de la Compañía, un fallo cuya disposición era: 1.º, Privamos al P. Lavalette de toda administración espiritual y temporal; 2.º, Ordenamos que vaya á Europa á la mayor brevedad; y 3.º, Le declaramos entredicho *á sacris* hasta que obtenga la absolución del general de la Compañía».

Entregada esta sentencia el mismo día al P. Antonio Lavalette, hizo la declaración siguiente: «Yo el infrascrito, certifico que reconozco sinceramente la equidad de la sentencia pronunciada contra mí... Del mismo modo certifico que ninguno de los primeros superiores de la Compañía me ha autorizado, aconsejado ó aprobado la especulación que he emprendido, ni ha tenido parte ó connivencia alguna en ella... Ultimamente, Dios me es testigo, y como tal le invoco, de que no he sido impulsado para hacer esta declaración por la violencia, ni por las amenazas, ni por las caricias ú otros artificios, sino que la hago espontáneamente y con plena libertad, con el objeto de des-

mentir, rechazar y anonadar, en cuanto está de mi parte, las calumnias que por culpa mía se han lanzado contra la Compañía. Dado en la residencia principal de la misión de la Martinica, á 25 de Abril de 1762».

Expulsado Lavalette de la Orden, domiciliado en Inglaterra y completamente libre en sus actos, nunca desmintió la declaración anterior. La Compañía no fué responsable de su tráfico: Superior y Procurador al mismo tiempo de aquella misión, lejos de los Superiores mayores que le vigilasen; ocupados los demás jesuitas de la isla en su sagrado ministerio, pudo Lavalette á su salvo entregarse á sus empresas, que tomó con buena intención, pero de un modo reprochable; y luego que los Superiores de Europa tuvieron noticia de ellas, trataron de cortarle el vuelo. Sin embargo, los enemigos de la Compañía se aprovecharon de esta ocasión para llevar adelante sus malos intentos.